

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 6 DE MAYO DE 1923

NÚM. 20.050

LA CALAVERA DE RAFAEL

Se aprecia y gusta la belleza del desnudo en pintura y en escultura, si bien no siempre con desinteresada pureza de intención estética, menos en literatura y mucho menos en arquitectura. De música no podemos hablar. Y hay algo que podríamos llamar, no el desnudo, sino el descarnado; no la encarnadura, sino la osatura o el esqueleto, al descubierto, a cuya belleza muy pocos llegan. Dicen que Stendhal recomendaba la lectura del Código para hacerse un fuerte estilo literario. Sería del código romano de las Doce Tablas o del de Napoleón; la de los nuestros no serviría. Y acaso pueda servir a esa lección de Etica, de Spinoza, con sus proposiciones en un hermoso estilo descarnado, óseo, o bien ya la Geometría de Euclides.

El que fuera capaz de apreciar la hermosura de un esqueleto humano — sea el de una Venus de Milo, una beldad descarnada—habría llegado a la más profunda comprensión estética de la forma humana. La forma humana que es, decía Goethe, lo más digno en que se debe uno ocupar. Su estudio le llenó lo mejor de su tiempo, sobre todo durante su estancia en Roma, de 1786 a 1788, que fué—él mismo nos lo dice—un verdadero renacimiento para él, para aquel hombre—«es usted un hombre», le dijo al verle, Napoleón el Grande—que al morir, a los ochenta y tres años, dejó un cuerpo, cuenta Eckermann, admirable de juventud y de perfección. Y dentro de este cuerpo un magnífico esqueleto, fundamento de él. Y Goethe, el que descubrió el hueso intermaxilar en el hombre, fué capaz de apreciar y gustar la hermosura ósea, la belleza del descarnado.

Cuando en abril de 1788 se disponía—¡y con qué dolor!—Goethe a dejar a Roma, fuese, como de despedida, en piadosa peregrinación a la Academia Sueca a mostrar su veneración a la calavera de Rafael de Urbino, el pintor, que como una santa reliquia se conservaba allí. Y nos dice: «Espectáculo verdaderamente maravilloso! Una calavera recogida y redondeada, tan bella como pueda pensarse, sin una traza de aquellos salientes, abultamientos y bombeos que, observados más tarde en otros cráneos, han venido a tener tan variada significación en las doctrinas de Gall. No lograba separarme de su contemplación, y noté, al marcharme, cuán importante sería para los amigos de la naturaleza y del arte tener un vaciado de ella, si ello fuera posible. El conde Reiffenstein, este influyente amigo, me dió esperanzas de ello y me lo cumplió algún tiem-

po después, enviándome, en efecto, a Alemania tal vaciado, cuya contemplación me sugiere a menudo todavía muy variadas consideraciones.»

¿Qué se le ocurriría a Goethe contemplando el vaciado de la hermosa calavera de Rafael? Las doctrinas de Gall, muy en boga entonces, cayeron bien pronto en un completo descrédito, y Goethe guardaba demasiado buen sentido propio para concederles valor. Pero creía que la caja ósea del seso debía reflejar la excelencia del alma que en él se albergó.

Hemos estado viendo hace poco una de aquellas cabezas frenológicas que tanto interés despertaron, sobre todo en los ingenuos, en los de índole espiritista, antaño. Es una cabeza de porcelana, hecha en la Cartuja de Sevilla por un tal Picazo, bajo la dirección del en un

tiempo famoso Cubí. Y nos divertía sobre manera ver señaladas las protuberancias de la eventualidad, la individualidad, la penetrabilidad, la localidad, el orden, la sublimidad, la secretividad, la adhesividad, la habitatividad, la filogenitura, el aprecio de sí mismo, la aprobatividad, la concienziosidad, la chistosidad... y otras no menos singulares. Por cierto, nos chocó que el órgano del lenguaje lo pusiera en el globo mismo del ojo, lo que debe querer decir que los grandes habladores o los grandes lingüistas tienen los ojos saltones. Así el sapo, que, según la leyenda popular, le dió al topo la cola a cambio de los ojos.

El que la calavera de Rafael no presentara ninguno de los abultamientos donde buscaba Gall las facultades prominentes del alma que se aloja en un cráneo, tanto podía querer decir que nin-

na de ellas tenía muy desarrollada como que los tenía todos. Una alta meseta, como esta de Castilla, es toda ella cumbre. Y un grande espíritu, como el de Rafael—y como el de Goethe—es el que tiene sublimados al igual todos los sentidos y todas las facultades. Claro que no las que anotaba Gall o, mejor, Cubí, en su cabeza de porcelana, como la secretividad, la concienziosidad, la chistosidad y otras—entre ellas la del orden—, sino las verdaderamente fundamentales. Un grande espíritu es el que tiene igualmente desarrollados los siete pecados capitales y sus siete virtudes conectoras, pues sin unos y otras, y sin el fuego de su contradicción íntima, no hay hombre completo. La calavera recogida y redonda de Rafael, que tanto admiró Goethe, era un templo de contradictoria perfección humana.

Hamlet veía cómo el sepultero echaba al suelo, como si fuese la quijada de Caín, una calavera que tenía lengua, y tomando en la mano la de Yorick, el gracioso del rey, exclamaba: «¡Ay, pobre Yorick! Le conocí, Horacio, un sujeto de infinita gracia, de la más excelente fantasía; me ha llevado a sus espaldas miles de veces, y ahora, ¡cuán penoso me es imaginarlo!, se me anuda la garganta.» Pero Hamlet no anduvo buscando en la calavera del pobre Yorick el bulto de la chistosidad. Hamlet no había pasado por Gall y Spurzheim y ni siquiera por Cubí.

Un vaciado de la calavera de Rafael fué lo que Goethe pidió para llevárselo a Alemania, y no una mascarilla. Que ni sabemos si, como del Dante y de otros, la hay de Rafael. Mas en todo caso, es de creer que para Goethe la calavera, el descarnado, tuviese más valor que no la cara, el desnudo. Y ¿quién sabe si, como se dice que la cara es el espejo del alma, no es la calavera el espejo de la osatura del alma?

Que el alma tiene, como el cuerpo, su esqueleto bajo la musculatura y la grasa y el pellejo, y un alma puede mostrarse, como un cuerpo, al desnudo y al descarnado. Y hay almas, feas al desnudo, cuando muestran cicatrices, desgarraduras, quemaduras, infartos, que puestas al descarnado, en puros huesos, cobran belleza y excelencia.

Se dirá que así como otros huesos son lo de dentro, el sostén íntimo de la encarnadura, el cimiento de la carne, el apoyo de los músculos, así la calavera es la caja de los sesos, la envoltura ósea del cerebro, y se disertará sobre si su forma determina la del contenido o está por éste determinada. Cuestiones, en rigor, ociosas, ya que creemos que nada se ha sacado para el mejor conocimiento del espíritu humano, de la psicología, de esas andróminas de la dolicocefalia y la braquicefalia y demás clasifica-



LA PINTURA SUIZA. — UN VIEJO ALDEANO, POR HODLER

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Las Rosas de Hércules

ciones, fundadas en la forma del cráneo, clasificaciones en cuyo valor psicológico sólo aparentan creer los que, faltos de sentido histórico, de sentido de humanidad, quieren fundar la nación sobre el fetiche de la raza. De la raza fisiológica, se entiende, o, mejor, anatómica.

Cuando Goethe contemplaba en Roma, con arrobamiento, la calavera de Rafael de Urbino, el genio italiano, aún no se había desencadenado sobre Alemania la pedantesca barbarie de los dolicocéfalos rubios, no menos desatinada que la grotesca tontería de Gall, tontería que aún tomaba en serio en 1876 el pobre Excmo. Sr. D. Fr. Zeferino González, obispo entonces de Córdoba y después arzobispo de Sevilla y cardenal, cuya *Filosofía Elemental*—una obra chistosísima y regocijante—nos hicieron estudiar en la clase de Metafísica de la Universidad Central allá por el año 1880. Si tuviéramos a la mano la calavera de fray Zeferino iríamos a ver, auxiliados por la cabeza en porcelana de Cubí y Pícazo, si tenía o no desarrollado el bulto de la conciencia. Lo que sí sabemos es que nos ha costado curarnos de los chichones mentales que el estudio de su obra, bajo la dirección de D. Juan Manuel Ortí y Lara, nos costó.

Miguel de UNAMUNO

LA FRAGATA VIEJA

Llegas de arribada,
rota la arboladura,
medio desmantelada,
destruida la amura,
por haber escorada
trágicamente, al viento con sólo la can-

y el petifoque exiguo.
Pobre fragata vieja;
¿vienes del mar antiguo,
de algún país utópico
donde se halla la dicha,
y te cogió en el trópico
alguna calma chicha
de siglos?

Contempládotte los nuevos ni-
[vegantes
dicense unos a otros: «Es un barco de
[antés.»

Si déi antes navegas
y vienes al ahora,
de aquel ocaso antiguo a la deriva llegas
hasta esta nueva aurora.
Al verte, mi alma llora,
mi alma de marinero y hombre senti-
[mental.

Yo también, como tú, de un ideal
anacrónico vine a esta ensenada,
retos los nervios como jarcia rota,
sin voluntad—mis velas—, sin derrota,
y espero, como tú, pronto arribada
en una playa inútil,
fizar la vela negra e inconsútil
de la muerte y zarpar rumbo a la nada.

RIBAS MONTENEGRO

AUSENCIA

Los días se han perdido
entre las sombras de mi vida.
La jaula de tus lágrimas
está llena de músicas antiguas.

Tus manos, como pálidas estampas,
me acarician.

Cuelga de tu tristeza
el oro de tus trenzas pensativas,
y hay dentro del sepulcro de tu boca
una palabra de ilusión marchita.

Cuando vuelva la noche,
yo encenderé tus lámparas votivas
y romperé el fanal de humo de rosas
que envuelve el alma azul de tu sonrisa.

Ernesto LOPEZ PARRA

DEBO una glosa al libro primero de *Las Rosas de Hércules*, de Tomás Morales, colección póstuma, publicada mucho después que el libro segundo, por azares de la colección, ya que en este primer libro han sido incluidas poesías juveniles del autor, agrupadas hoy bajo aquel título único.

Este volumen lleva un intenso prólogo de Díez Canedo, doblemente valioso por la crítica perspicaz y por el noble tono elegíaco, una amistad profunda y una fraternidad de poetas. Sigue luego una poesía del cordial Salvador Rueda, saludando a Tomás Morales con un verdadero triunfo, en el sentido petrarquístico, caro a nuestros poetas del siglo XV. Y suenan después en nuestros oídos las estrofas del poeta muerto, sustraído a la vejez como todos aquellos «que los dioses aman». Se inicia la colección con la poesía que da nombre a toda la obra poética de Morales: *Las Rosas de Hércules*. El contraste simbólico de la fuerza y la gracia anima, como una divisa a un tiempo heroica y tierna, la inspiración del poeta. Las atléticas manos que supieron manejar la clava y la rueda acarician las rosas con temblorosos dedos... Fuerza y Gracia. He aquí la espiritualidad de Tomás Morales, incorporada ya, definitivamente, en el Parnaso Español (digámoslo al modo clásico). Morales fué toda su vida un clásico, en el sentido de su escuela literaria; ahora lo es también como miembro de la iglesia triunfante de nuestra literatura, integrado en el magisterio perpetuo de los «antiguos». Pero su obra se sustrae, venturosamente, a la frialdad académica, a toda rigidez marmórea. Esos versos del poeta ungido por la Muerte no son lápidas de tumba; sino acentos de voz que permanecen vibrando más allá de la vida material.

Poeta clásico, he dicho; con clasicismo reintegrado en las fuentes helénicas, al modo de Chénier, más que con latínismo neoclásico y de imitación. El no imita; reproduce.—Pero en su labor podemos distinguir dos formas típicamente diversas: la que llamáramos parnasiana, puramente objetiva, transfusión poética de la naturaleza en toda su fuerza divina, por la cual el poeta vuelve a crear los mitos y los dioses en su perdida vitalidad. Las imágenes adquieren un vigor plástico de ídolos; cada rima es un movimiento de danza sacra, que devuelve movimiento y vida a las imágenes petrificadas en la metáfora de los preceptistas. Así adquieren virtud dinámica las figuras retóricas de un tiempo, y los símbolos muertos sacuden su mortaja y se yerguen en sus sepulcros.

En este sentido, Morales tiene estrofas que no ceden a las de Leconte de Lisle, maestro en el género; y otras que emulan el prestigio de los Landi danunzianos.

La otra forma es la puramente lírica, en que el poeta desborda su amor, la llama cordial de una subjetividad exquisita; y canta la memoria de su adolescencia feliz, en su hogar isleño; las *vacaciones sentimentales* en que le fué revelada su vocación; el recuerdo de la hermana ausente, y sobre todo, la sujeción infinita del puerto natal, estremecido por el anhelo de las travesías heroicas, bajo la palpación de las velas infladas de ardimiento y la somnolencia

de las viejas fragatas que se escoran junto a la playa

buscando el tibio halago del sol en la carena...

L'Oubli des morts

Deseaba conocer el sentimiento de mi amigo el novelista francés Eugène Montfort sobre la guerra. Acabo de recibir el libro en que lo refleja: *L'Oubli des morts*. Es la novela del desencanto, el contragolpe de la victoria. Mientras la estuve leyendo, recordé los pasajes de *La Débâcle*, inflamados en una reacción inversa, causada por la derrota. En un sentido puramente ideal, no sería la victoria el elemento superior... Pasa, por esas páginas de Montfort, el vocerío frenético de las muchedumbres parisenses, en las jornadas que precedieron al armisticio. Eran los primeros días de noviembre de 1918, en torno a la Fiesta de los Muertos, y la embriaguez del triunfo hacía olvidar a los que habían dado su sangre y su vida para conseguirlo. La alegría de las multitudes danzaba sobre tumbas invisibles, o mejor, sobre una gran tumba, cimiento de la Francia reconstituida. Si eso era una redención, bien se pagaba con sangre, como todas. Campo de sangre era la Francia nueva. Pero ¿no había también un precio mayor, para pagar la victoria? ¿No había un sacrificio de juventudes heroicas, semilla de selecciones incalculables? ¿No quedaban, en cambio, supervivientes los indignos, que habían convertido el patriotismo en mercancía, y acumulado riquezas enormes aprovisionando las fauces de Moloch y construyendo instrumentos de muerte y devastación?

Ahí está el personaje central de la novela, perfecto burgués, alimentado con todos los tópicos del más infecto chauvinismo, mucho peores que los de M. Homais. Ahí le tenéis divagando por los bulevares, mezclado a la locura báquica de la victoria. Uno de sus hijos, emboscado en la burocracia patriótica, encarna otra forma del espíritu colectivo: la risueña indiferencia, pronta a tomarse su placer en cuanto se ponga a su alcance, aunque sea en los brazos de Marieta, la alegre concubina de su padre, haciendo degenerar en bajeza sarnatesca, al modo de la *Asinaria* de Plauto, la sombra trágica del incesto... Y el otro hijo, puritano y recto, parece escogido para ser casi la última víctima, que muere una hora antes del armisticio, por una causa que defiende con alta sobriedad espiritual, inaccesible a las vesanias patrióticas. La noticia de su muerte llega en los momentos de mayor júbilo familiar, y diríase que ella es el adorno que faltaba para decorar con una paternidad de heroísmo la figura despreciable del padre, y aun con una ejecutoria aristocrática la trivialidad de la madre, un poco humillada en las reuniones de damas benéficas, muchas de las cuales tenían hijos muertos en «el campo del honor», mientras ella carecía de esta gloria...

Cuando vemos a Francia entregada a la inversión casi absoluta de su gran magisterio histórico, es un vivo consuelo para nosotros comprobar que no todas sus espiritualidades juveniles participan de la misma ceguera. En mi librería familiar he colocado ese libro junto al *Clerambault* de Romain Rolland, ejemplo magistral de la misma sentimentalidad. Y he inscrito también a Eugène Montfort entre los nombres que rescatan, con una de las dos Francias, la otra...

Au Lion tranquille

La misma Biblioteca que ha editado la novela de Montfort, y que edita la interesante revista *Les Marges*, por el día gida, me envía la novela de Marmouset *Au Lion tranquille*. Es una transcripción moderna de la novela picaresca; novela de apaches, aunque sin el fárrago pabulario, melodramático y cinematográfico que el apachismo ha adquirido en la que podríamos llamar su estilización plebeya. Ha sufrido la misma evolución que nuestros romances de bandidos, los cuales pasaron desde la versión épica de los últimos tiempos del *Romancero*, en que la caballería heroica y el bandolaje se confundían como postreros rasgos de individualismo rebelde, hasta la versión plebeya de la novela por entregas y romance de ciegos, en que el verdugo parecía una figura mixta de ejemplaridad y escalofrío sádico para la dura sensibilidad de las turbas.

Los *guapos* de Marmouset son de una catadura menos siniestra; pero en cambio su vitalidad es desbordante. La claridad de su estilo, que a veces llega a la crudeza, nos compensa de los refinamientos ultraliterarios, verdaderas panaderías a la inversa.

Gabriel ALOMAR

ROMANCE DEL POST VIVIR

¡Qué pena la de morir
sin haber dejado echada
semilla que sobre el surco
brote ubérrima y lozana
como luminoso polen
que eternice nuestras ansias!
¡Qué inquietud para el que lucha
saber que nadie mañana
tendrá para sus esfuerzos
la merced de una plegaria,
ni el desinterés de un luto,
ni la piedad de una lágrima!
¡Qué angustia la del ocaso
cuando la vida se apaga...
desconocida y trivial,
como la luz de una lámpara
que a la prosa del aceite
debe su lírica gracia,
y que, falta de él, se extingue
sin que su brillante llama
deje calor, que no es luz,
pero que también abrasa!
¡Qué triste el otoño humano
si no queda de sus dalias
una, al menos, en el búcaro
de la novia o de la hermana,
o en las páginas del libro
donde nuestra madre santa
reza, llorando, en la iglesia,
y llora, rezando, en casa!
¡Qué dolor el de ser ave!
¡Cruzar en ligera marcha
los espacios y perderse,
al fin, en la lontananza,
sin dejar en parte alguna
el vestigio de sus alas!

¡Yo no quisiera morir
sin haber dejado echada
mi semilla, una semilla
muy húmeda y muy escasa,
pero que, escasa y humilde,
me recuerde, amable y franca,
en mis hijos, que son risas,
o en mis besos, que son lágrimas...

¡Qué pena la del que muere
sin sembrar para el mañana
una rosa o una espiga
en su heredad! ¡Qué desgracia
la de hundirse en el misterio
y en la sombra y en la nada,
viendo borrarse la huella
de las últimas pisadas...

Marciano ZURITA

DE ARTE.-El pintor y grabador Eduardo Navarro

En sus comentarios de arte tiene Ruskin una glosa breve y de atinada observación, dedicada al grabado, en donde realza el valor de tal procedimiento artístico, tan reducido en sus medios y elementos de expresión como pródigo en efectos. Dice así el juzgador londinense:

«Mirad atentamente ese grabado, imaginad que es un dibujo a pluma... ¡y a ver si encontráis un paralelo! Es cierto que la punta de acero tiene la ventaja de no emborronar; pero tiene, en cambio, innumerables desventajas, como la de no poder borrar con ella sino a costa de mucha resolución y laboriosidad, ni la de sufrir vacilaciones, ni la de ver lo que estáis haciendo claramente en el momento, y mucho menos el efecto total que se ha de producir. Y, como condición esencial, es necesario sentir lo que estáis haciendo con el buril, o las puntas acoradas, y, más aún, *saber concretamente lo que os proponéis hacer.*»

He aquí la máxima misión del artista: *sentir y obligar a sentir*. Tamizar, a través de su temperamento, y manifestar algún carácter determinante de un modo más completo y más claro de como lo hacen los mismos objetos reales. Formar la idea de tal carácter, y por esa idea transformar el objeto para convertirlo en *ideal*. Pero de entre las ideas que los artistas imprimen a su obra, se preguntaba Hipólito Taine, ¿hay alguna que sea superior a las demás? Indudablemente, la que obliga a concordar y



relacionar los caracteres variables que la obra pueda tener en sí o en torno, convirtiéndose entonces, de idea, en el carácter invariable y distintivo del artista. Hállase el caso demostrativo en el pintor paisajista, y grabador, Eduardo Navarro, el que, al resolver en sus pinturas y estampas su ideal, si lo hace con exaltación contenida, se vale a un tiempo del *arguere loqui* de los romanos, que tanto significa como distinción y finura al expresarse, y queda entonces al descubierto la nota característica, diferencial, de su arte: emoción noble y sincera.

En la incesante acomodación a las variaciones de las cosas, su espíritu es a modo de balanza interior, pronta a sopesar todas las fuerzas circunvecinas, y de ese examen de relaciones y valores queda, en el crisol de su arte, la sustancia pura de un concepto estético ennoblecido por la meditación. Su relación con la Naturaleza no es una simple y quebradiza visión de lo externo: es relación de estrecha y honda camaradería, fraternidad con la montaña y el valle, amor que convierte a la tierra en compañera, en amiga y en maestra del hombre, y así puede exigírsele a un tiempo, como anhelaba el poeta, que «conciba el cielo como una bóveda azul más que como una concavidad oscura».

Cuanto hay de movable y transitorio en el paisaje, el artista que alienta en Eduardo Navarro lo absorbe, para devolverlo analizado, sintetizado,

O. PALENCIA TUBAU



LA PRINCESA LINDABELLA

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

PUES, señor: el rey Sisebuto y su esposa la reina Fulgencia, desesperados por no tener hijos, se fueron a ver al hada Silviana y le suplicaron que les concediese una nena.

Silviana les prometió amablemente que al año les nacería una hija.

—Yo seré la madrina—añadió—, y como tal, tengo derecho a hacer a la princesa un don. Escoged el que queráis que conceda a mi ahijada.

La reina se adelantó antes de que el rey abriese la boca:

—Queremos—dijo—que la des la belleza.

—Serás servida, reina—contestó el hada con un poco de tristeza.

Al año nació la nena prometida, y os aseguro que, desde que el mundo es mundo y hay en él princesas bonitas, jamás se vió ninguna tan bella como aquella.

Sus mejillitas parecían amasadas con nieve y rosas; sus ojos parecían reflejos de un cielo sin nubes; su boquita era una cereza fresca; sus denticitos...

¡Digo! No. Los dientes no los tenía al nacer; pero cuando le salieron, parecían un collar de perlas diminutas y nacaradas en un estuche de seda roja.

Los reyes, locos de contento, empezaron a pensar en el nombre que le pondrían; Sisebuto hubiera deseado un nombre verdaderamente regio, algo así como Ladislada o Gumersinda; la reina prefería los nombres poéticos, como Florinata o Brillantina; pero, al cabo, quedaron de acuerdo en que para su maravillosa hija el único nombre adecuado era el de Lindabella. Y Lindabella la pusieron.

Cuando la princesita cumplió un año, su nodriza se despidió, porque la criatura no hacía más que tirarla del pelo, arañarla, morderla y otras monerías semejantes.

Cuando la princesa cumplió los diez años, ya se habían despedido sucesivamente cuatro profesores de escritura, tres de gramática, cinco de geografía y ocho de música, y en todo el reino no se encontraba ni un solo maestro que quisiese enseñar a tan pésima discípula.

En cambio, la belleza de la princesa era cada día más extraordinaria; seguramente os chocará que una niña, por muy princesa que sea, pueda ser bonita teniendo tantos defectos; pero no olvidéis que tuvo a un hada por madrina; de no ser así, claro está que hubiera sido imposible.

Y cuando la princesa cumplió los doce años, se vió que su defecto primordial era la coquetería y el vicio de mirarse al espejo.

No podía pasar delante de uno de los innumerables espejos que llenaban el palacio sin detenerse, mirarse de frente y de perfil, atusarse, ¡qué se yo!...

A todo esto, la princesa cumplió los quince años, que es la edad reglamentaria para casar a las princesitas de los cuentos. Y sucedió, naturalmente, que todos los príncipes del mundo, enamorados de aquella maravilla, acudieron para solicitar su blanca mano.

Pero, ¡sí, sí!... Tan engreída estaba la princesa con el valor de su hermosura, que ningún príncipe le parecía digno de ella. Y no se contentaba, como otras princesas, con someter a sus pretendientes a pruebas difíciles o proponerles acertijos extravagantes. Lo que hacía era rechazarlos con las burlas más despi-

das. «¡Ay, papá, qué gordo es éste!... ¡Ay, mamá, qué flaco es aquél!... ¡Yo casarme con semejante mamarracho? ¡Ni por pienso!»...

Y los príncipes, al verla tan mala, crugullosa y antipática, se desengañaban en seguida y se marchaban echando chispas contra aquella niña insoportable.

Un día, Lindabella había ido de caza, cuando por su lado pasó un joven pobremente vestido y cargado con un haz de leña.

La princesa, muy ocupada en contemplarse en un espejito de bolsillo, no vió al leñador. Pero el leñador vió a la prin-

jada a todos los pretendientes, llevaba camino de quedarse para vestir imágenes.

Perico escuchaba, pensativo y perplejo. —¡No le gusta más que mirarse al espejo!—suspiraba el pobre padre.

En aquel momento Perico dió un grito de alegría:

—¡Señor!—exclamó—. Ya tengo el medio de corregir a su alteza.

E inclinándose al oído de su regio interlocutor, le murmuró unas palabras, tan quedo, que yo no las oí.

Pocos días después, una mañana, la princesita, sintiéndose madrugadora, des-

en una cabaña; se acercó, y, con los nudillos, ¡toc!, ¡toc!, llamó a la puerta.

—¡Adelante!—contestó una voz fuerte y dulce a la vez.

—¡Adelante!—repitió una vocecilla cascada y débil.

En la cabaña había un mozo y una viejecita que se calentaba al amor de la lumbre.

La acogieron con cariño y bondad, y la ofrecieron pan y queso y un buen jergón de paja para descansar. Y el joven dijo:

—Si quieres, puedes quedarte con nosotros de criada; así como así, mi madre se va haciendo vieja y no le vendrá mal tu ayuda.

¿De criada ella? Pero la pobre se acordó a tiempo de que tan fea y grotesca no podía presentarse en ninguna parte; bajó la cabeza y se quedó.

Seguramente, os figuráis que Lindabella debió de hacer muy papel como sirvienta. Pues nada de eso; como no tenía pelo de tonta, pensó: «Debo compensar la fealdad de mi cara con lo agradable de mi trato.»

Y así lo hizo: se transformó por completo. Y un día, Perico—¡ah!, ¿pero es que no habíais adivinado que el leñador era nuestro amigo Perico?—le dijo que estaba enamorado de ella, y lo pidió su mano.

—¿Con lo fea que soy, te quieres casar conmigo?—exclamó la niña, atónita.

—¿Y a mí qué me importa que seas fea o bonita, puesto que eres buena, dulce y trabajadora?—dijo el joven.

—Buena; pues entonces vamos a pedirle permiso a mi papá—propuso Lindabella, sin atreverse a decir que su papá era nada menos que el rey Sisebuto.

Se cogieron de la mano y echaron a correr bosque adelante; al pasar junto a un río, la princesa se inclinó para coger un hermoso nenúfar blanco, y lanzó un grito de sorpresa. Por primera vez desde su huida del palacio se veía en un espejo, el del agua cristalina, y su reflejo no era ya el de un monstruo grotesco sino el de una niña bonita, más bonita todavía de lo que fué en otros tiempos la princesita Lindabella.

—¡Ya no soy fea!—exclamó.

—Ni lo has sido nunca—contestó Perico, sonriendo.

Y le contó cómo, de acuerdo con el rey, había cambiado una noche todos los espejos de su alcoba por espejos convexos de esos que hacen parecer feas las caras más lindas, y todo ello para darle una lección y transformar a la princesita odiosa en una niña encantadora.

Y tan encantadora se había vuelto, al efecto, la princesa Lindabella, que en lugar de incomodarse, se rió como una loca y le dió las gracias a su novio por el inmenso favor que le había hecho.

Y cuando la princesa y el leñador se casaron, la primera diligencia de Lindabella, después de instalar en las mejores habitaciones del palacio a la viejecita de la cabaña, fué la de mandar quitar todos los espejos.

Sabía precaución, porque así no se veía envejecer, y aun cuando sus cabellos se canecieron, la piel se le llenó de arrugas y se quedó sin dientes, siguió creyéndose joven y bonita, y tan simpática y bondadosa era, que—y esto vale más que nada—siguió pareciendo hermosa a todo el mundo.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



cesa, y tan bien la vió, que en el acto quedó flechado, y se juró que él, Perico, se casaría con la princesa Lindabella.

Así, a primera vista, la cosa no parecía fácil, y el bueno de Perico estuvo dudando de si le convendría buscar algún dragón para matarle o encontrar algún tesoro fabuloso, o, en fin, realizar alguna proeza de esas que suelen facilitar los matrimonios de las princesas con los mozos pobres y valientes.

Luego tomó un partido más sencillo: se puso su traje de los domingos y, hecho un brazo de mar, se fué a ver al rey Sisebuto y le pidió la mano de su hija.

El monarca pegó tal salto de sorpresa, que su trono se tambaleó.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó abrazando a Perico—. ¡Ojalá te la llevaras!

El mozo quedó sorprendido. No suponía él que iba a causar al rey tal alegría.

Entonces Sisebuto le explicó el carácter de la princesa, y cómo, habiendo ale-

perió, y lo primero que hizo fué alcanzar un espejo de mano y contemplarse; pero lanzó un grito horrible y corrió a mirarse a la luna de su armario. Luego se miró en el ovalado espejo de su tocador; luego en el espejito de su polvera de oro, y cada vez que se miraba un grito de espanto brotaba de sus labios: lo que veía reflejarse en los espejos no era ya su linda carita de muñeca; era, ¡horror!, un rostro deforme, grotesco, sobre un cuerpo rechoncho y absurdo; un cuerpo de tinaja que tuviese una cabeza de rana. ¡Lindabella se había vuelto fea!

No pudiendo sufrir el peso de su desdicha ni la idea de ser vista así por la corte, la princesa saltó por la ventana (estaba en un piso bajo) y huyó a todo correr hacia el bosque.

Horas y horas anduvo como loca. Al llegar la noche estaba rendida por el cansancio, el sueño, el hambre y la pena. Entonces vió una lucecita que brillaba

UNA MALA AVENTURA DEL REY-POETA

PATRAÑA HISTÓRICA POR DIEGO SAN JOSÉ

I

TAN pronto como Felipe IV, por la voluntad del pueblo y decidido tesón de la reina Isabel, vióse libre de la tutela y almojarifazgo del Conde-duque, que siempre ejerció con él tutorías de ayo, hizo firme propósito de cambiar de vida y costumbres. Ibase llegando al cabo del vivir y era menester enjabelgar la conciencia...

Advirtió, aunque tarde, que con la codiciosa y funesta política de Olivares estuvo muy a punto de perder la corona. Portugal se desglosó para siempre de la Monarquía de España, y faltó bien poco para que Cataluña no siguiera el mismo camino.

—Vayan al diablo—se dijo Felipe IV—los placeres y las aventuras. Harto he exprimido la juventud, que ya siento que me falta; recojámonos, pues, a la buena vida, como hacen los que al cabo de sus días acuérdate de que hay un Tribunal donde tenemos que dar cuenta de nuestros actos, y enmendemos en lo poco que se pueda aquello en que se erró.

Fué lo primero que hizo, tomar en sus regias manos los destinos y negocios de la República, quitando de su lado las polillas y sabandijas que denantes habíale ayudado a ser carcoma de España. No fué ello empeño de poca monta.

Si los tiempos pasados no se empleaba en cosa que no fuese de su particular devoción y regodeo, como eran el ejercicio de la caza, las representaciones de las comedias y las jornadas de amor más o menos honesto, allí en donde halláse terreno abonado y propicio, lo mismo se le daba que fuese en el vestuario del corral del *Príncipe* (hable la memoria de María Calderón) ó en la celda de un monasterio (téngase en cuenta la comedia preparada en San Plácido), ahora no quería vivir sino para la prosperidad y buen gobierno de sus castigados súbditos.

Por vía de secretario de despacho, más que como primer ministro, y aún menos como privado, puso en el puesto del desterrado Conde-duque a don Luis de Haro, marqués del Carpio y pariente de aquél, pero sin la omnipotente autoridad y carta abierta que el otro tenía para hacer del reino mangas y capirotos. Bien sabía él, para no olvidarlo en todos los días de su vida, que aquella confianza estuvo a punto de perderle.

Cesaron los capítulos amatorios con escándalo de la corte. En poco estuvo que no quedaran suspendidas las comedias, como a la sazón solía hacerse siempre que había lutos reales o calamidades públicas, que siempre parecían bien las costillas de los poetas y de los cómicos para sufrir y pagar el mal humor de los poderosos. No veíase al rey mas que en funciones religiosas, procesiones, trisagios, minervas y novenas. Así como poco antes eran su más constante com-

pañía poetas, cómicos y artistas, ahora no veíasele sino entre graves teólogos, eminentes políticos y ceñudos inquisidores.

A la amistad de Lope de Vega, Rioja, Hurtado de Mendoza, Villaizán, Vélez de Guevara y Velázquez, había sucedido, supliendo a todas, la de sor María de Agreda, con quien así comunicaba los negocios políticos como los asuntos familiares y los achaques del cuerpo, que para todo aprovechaba la benditísima madre.

En más tenía su majestad una *Salve* en Atocha que una comedia de Calderón

na en que su majestad levantóse sin ahogos de asma, y saliendo de *El Buen Retiro* para entretenerse con un poco de montería en los sotos de *El Pardo*, vió, al cruzar por la villa, una hembra de buen rejoy que, con el andar bizarro y la bella cara, iba pidiendo guerra a los mismísimos padres del Yermo.

Aquella tarde entretúvose en la caza más de lo debido.

De vuelta a Palacio, no hizo colación, como había tomado por costumbre, sino que cenó recio y con gentil apetito.

Antes de recogerse tuvo su poco de ter-

cierta comezón por volver a su antigua vida, dejando el gobierno y regencia de la nación en manos mercenarias.

A la tarde siguiente de aquel encuentro, de pasada con la buena moza, quiso su majestad asistir de secreto al corral del *Príncipe*, que era como la vitrina preferida en donde guardaba los más placenteros capítulos de su carácter alegre.

Había comedia nueva de Mira de Amescua, y el monarca tenía empeño en conocerla, porque era muy aficionado de este poeta clérigo, que quería emular las glorias de aquel otro ministro del Señor que inmortalizó su nombre, por los siglos de los siglos, con maravillas como *El alcalde de Zalamea*, *El mayor monstruo*, *los celos*, *Casa con dos puertas*, *La dama duende* y *No hay burlas con el Amor*.

Mas apenas habíase comenzado la primera jornada, cuando la atención del soberano pasó desde la escena a uno de los *apostentos* de enfrente.

En aquella estancia, que al tiempo de ahora han venido a reemplazar los palcos, había una soberbia mujer, acompañada de dos galanes y una dueña.

El rey reconoció a la dama. Era la misma que viera la tarde anterior cuando se encaminaba a *El Pardo*, y así lo hizo saber al ministro, quien, como corresponde a un buen palaciego que estime en algo sus deberes aduladores, la reconoció en el acto y estuvo conforme con el monarca en que era una guapa moza.

—Pues es menester—le dijo su amo—averiguar dónde vive.

—Se hará como mandáis, señor—respondió el de Haro.

Y de allí adelante la comedia pasó ante los ojos de Felipe IV, pero no entró en sus sentidos.

La Realidad ha sido y será siempre más fuerte que la Fantasía...

III

El marqués del Carpio tuvo motivos en el siguiente día para pensar que habían de reverdecer en él los omnímodos privilegios de su tío el Conde-duque.

Aunque su majestad madrugó como habíalo por costumbre, que entonces el madrugar solía estar al alcance de todas las clases, no fué para emplearse en la firma y revisión de decretos, sino para esparcirse en *El Pardo*, en su inveterada afición a la caza.

Ya en los patios del Alcázar esperaba la nutrida comitiva que había de acompañar al soberano.

La espuma de la corte servía mejor a la Monarquía de España corriendo ciervos y perdigoneando liebres y perdices que ayudándole a llevar con recta y segura mano las complicadas riendas del Gobierno.

Aderezado y vestido el monarca por su ayuda de cámara Novoa, tal y como nos lo dejó inmortalizado en el lienzo el má-



en el bello y deleitoso recreo de *El Buen Retiro*.

Cuando, por buscar un esparcimiento al ánimo tras la ardua labor gobernadora, tomaba algún libro de Quevedo, de cuyo ingenio era muy devoto, aunque por enemiga personal de éste con Olivares consintiera en tenerle cautivo tan cruelisimamente y por tanto espacio en San Marcos, de León, gustaba más de leer las obras políticas y místicas de tan gran ingenio que aquellos *Sueños* y aquel *Buscón* que cimentaron la fama del insigne sagitario de los espejuelos.

Peró..., como dice el adagio castellano, poco dura la dicha en la casa del pobre. Tan buenos propósitos desvaneciéronse como el humo la primera maña-

tulía en su misma cámara, y en lugar de entregarse al rezo, como solía primero de ensabanarse, tomó un primoroso libro de rimas profanas que había sobre el bufeta y recreóse el gusto con aquel primoroso soneto de Lope, que empieza:

*Picó atrevido un átomo viviente
los blancos pechos de Leonor hermosa...*

II

Don Luis de Haro, marqués del Carpio y muy cercano deudo del privado anterior, pensó que volvían los tiempos de su tío y que él podía jactarse de llevar a tener la misma preponderancia que tuvo don Gaspar. El rey mostraba

gico pincel de don Diego Velázquez de Silva, apareció en el patio principal, acompañado de su primer ministro, del marqués de Aytona y del ya casi viejo duque de Medina de las Torres, aquel que fué su camarada en el famoso martelo con la hermosa María Calderón, por quien el almirante de Castilla hizo aquel epigrama que dice:

«Un duque y una corona,
un fraile y un petardista
figuraron en la lista
de la bella Calderona...»

Subió al coche que se le tenía prevenido, y llamando a una parte al de Haro, le dijo:

—Antes de anochecido estaremos de vuelta; quedaos vos y no dejéis de averiguarme dónde vive esa buena moza, que cuando ella no sea pieza que acuda al reclamo del oro, iremos a buscarla en su madriguera.

Asintió su excelencia, y poco después partía alegremente la comitiva, saliendo de Palacio por el *Campo del Moro*, dando a poco en el bello bosque de *La Florida*, que conduce adonde los más de los monarcas españoles que en España han sido, desde los lejanos tiempos del cuarto Enrique, se holgaron con poco cuidado del sagrado ministerio para que fueron nacidos...

La partida fué buena. Hubo caza en abundancia, pues su majestad, como es harto sabido, era destrísimo en el manejo de la escopeta y aun del venablo, cuando se ofrecía caza mayor.

Mató dos o tres venados, multitud de liebres y un ciervo magnífico.

Por cierto que este malaventurado animal dió pie, con su desdichado fin, para que se extremara la adulación de un coplero cortesano, pues que el tal hizo un soneto alabando la fortuna del triste animal, que había tenido la suerte de acabar su vida en tan buenas manos.

Volviendo a Madrid, quiso el rey caminar solo con sus pensamientos, que no florecían ni mucho menos para mejoramiento y bienestar de la nación, y echó con su caballo muy adelante de los caballeros y lacayos que le daban escolta.

El sol comenzaba a declinar hacia su censo.

Iba su placentera majestad lleno de un optimismo tan franco y juvenil como el de aquel inmortal *Don Quijote* cuando salió de la venta, que hacía que el gozo le reventara por las cinchas del caballo.

Todo antojábasele nuevo y bello, y no ponía los ojos en cosa alguna que no antojárasele digna de alabanza; los árboles que erillaban el camino, las montañas lejanas, que todavía tenían nieve en las cumbres; hasta el manso y sufrido *Manzanares*, que ya llevaba sobre su ruindad las sátiras y vejámenes de tantos ingenios, pareciale poco menos caudaloso que el *Tajo* y el *Duero*, y aún tengo para mí que con un poco de esfuerzo podría hacérsele navegable como el *Guadalquivir*, y quién sabe si por él podría llevarse a cabo algún día la reconquista del reino lusitano.

Un buen trecho de camino llevaba andando, cuando vino a toparse con un labriego que conducía un asnillo cargado de retama. Como ya queda dicho que su majestad iba de muy buen talante, y por la sencillez del vestido no conocíasele la alta jerarquía, pues cuando mucho, pudiera creerse que era un gentilhomme, entabló parlota con el villano, que, por lo que se verá, era de suyo despejado y no corto de genio, y así entrambos mantúvose este breve y razonado coloquio:

—¿Hacia dónde camina, buen hombre?—preguntóle el rey.

—A Madrid, señor—respondió aquél.

—¿A quién le lleva esa carga?

—A quien quiera comprarla.

—¿De eso sólo vivís?

—Y que no falte.

—¿Cuántos reyes habéis conocido, pues parecéis hombre maduro?

—Tres, señor: Felipe II, Felipe III y Felipe IV.

—Y ¿cuál os parece mejor?

—Allá se van los iguales; pero ninguno tan desdichado como éste, que por holgarse él a sus anchas dejó el gobierno en manos de ladrones; los otros, a lo menos, aunque no eran, ni con mucho, para ponerlos en los altares, porque el que no era tirano era simple (Dios les haya perdonado), tenían al menos la fuerza adquirida por sus abuelos y aún bogaba la nave con buen rumbo; pero éste, que ha llegado cuando las aguas están revueltas, dará con él y con el reino a fondo.

Iba a replicar el monarca, cuando le alcanzó la comitiva, que le rodeó con la ceremonia acostumbrada. Mudo quedóse el labriego al oír llamar de majestad a quien tuvo por un simple hidalgo, y así, antes de que reparasen en él, comenzó a aguijar su asnillo para tomar la del humo.

Vióle el rey y, sin muestras de ningún enojo, le dijo, mientras le ponía un doblón en la mano.

—Tenga, buen hombre, con que se remedie alguna cosa, y no le diga a nadie lo que me ha dicho a mí, que bien pudiera ser que le pesara.

IV

En tanto que su majestad pasó la tarde corriendo ágiles venados e inocentes liebres en el cercano monte de la Zarzuela, no descuidó el fidelísimo marqués del Carpio el negocio faldero que aquél le encomendara.

Con tanto ahinco y celo, digno de más honrada causa, se puso a averiguar quién pudíerose ser la buena moza que por manera tan notable despertó la dormida concupiscencia del rey, que no tardó en saber que era una garrida hembra que vivía al otro lado de la corte, allá por la era de San Vicente, junto a la Cruz del Espíritu Santo, conforme se salía a la puerta de Fuencarral.

Si durante la tarde había partida de caza en *El Pardo*, no faltaría acoso durante la noche en aquellos apartados lugares.

Hizo su excelencia el ojeo hábilmente, y creyó ver que el campo era todo de orégano, como dicen.

La gentil hembra codiciada por su majestad era joya carnal de un rico mercader, que guardábala de golosos en tan apartados lugares; pero aunque tan lejos estaba del mundanal ruido, no faltábanle, gloria a Dios!, lujo y regalos que hiciéranle afiorar el bullicio y esplendor de la vida.

De ordinario, mientras el galán atendía al buen logro de sus negocios, que le consentían a que el envidiado regodeo, acompañábanla una dueña más grave y honorable que la que pudiera curar de una infanta, un rodrigón tan avellonado y ceñudo que a cien leguas infundía respeto, y un paje, lindo y rubio, que parecía una sota de baraja.

En los domingos y días de guardar acudía a buscarla su señor y dueño, y cuando no se alongaban hasta las riberas del río, viniendo después a ruar por el Prado o la calle Mayor, a la caída de la tarde, llevábala a saturarse de ingenio en el Corral del Príncipe, y en un día de estos, como ya queda dicho, fué cuando tuvo la mala dicha de hallarla el amoriado monarca.

Salvo contadas noches, no acudía el mercader, pues, por otra parte, solía pasar muchas fechas fuera de Madrid, ocupado en sus negocios.

Con oro nada hay que falle,

ha dicho un gran poeta español, casi de nuestro tiempo, y no parece sino que el de Haro presintió la frase.

—No hay cosa tan fácil de ganar como la servidumbre. Con un puñadillo de oro —pensó—quedará la de esta casa como si fuese mía.

Y según lo pensó lo puso por obra.

Hízose el encontradizo con la dueña quintañona que toda las tardes acudía a rezar el rosario en un templo cercano, y con pocas palabras, que no fué menester más sino que hiciera sonar a tiempo unos cuantos escudos de oro aprisionados en una tupida malla de seda, contó de pe a pa toda la vida y milagros de su ama, más las circunstancias que quedaban asentadas.

De allí a poco salió el vejete que no le alcanzara en gravedad el castellano conde Fernán González, que anda en tan famosas historias, y a otro tintineo de bolsa cantó el hombre tan fino y claro como un niño de coro.

¡Malhaya quien en criados fía su seguridad personal y los secretos de su vida íntima!

Allanado este débil escollo, fuese el marqués celestinesco, pensando en que le dejaba expedito el camino a su amo y señor para la noche siguiente. En aquella no podría hacerse nada, de una parte, porque el mercader iría a cenar y se retiraría tarde; de otra, que el regio galán vendría cansado del ejercicio de la caza, y más estaría para sopas y buen vino, como a su edad y achaques correspondían, que no para reñir batallas de amor en campo de plumas, como dijo el capellán poeta don Luis de Góngora...

A fe que el prócer debió mirar aquel triunfo con tan buenos ojos como el deseado logro de un complicado asunto diplomático con la corte de Francia, que a la sazón tenía en jaque a la de *El Buen Retiro*.

Retiróse, pues, a su despacho del Consejo, que estaba en la parte baja del Palacio Viejo, y revolviendo unos papeles que trataban de ciertas restricciones a que el Consejo de Estado se proponía someter a la nobleza, esperó como un buen ministro la llegada de su majestad.

V

Y por cierto que este extremo merece dedicarle alguna atención.

La nobleza cortesana no fué la clase que menos sintió las ansias regeneradoras del soberano, a raíz de haber apartado de junto a sí al ambicioso Conde-duque.

No habiendo dinero en las arcas del Tesoro público, al pensar en arbitrar recursos de todas partes para ver de enjugar el terrible y vergonzoso déficit que pesaba sobre la República, así como se exprimió al menestral y al labrador, acordóse también de próceres, magnates y rentistas.

Pensóse en que los escudos nobiliarios podían soltar muy bien escudos de oro, y por ende promulgáronse pragmáticas en las que se restringía el lujo en el ornato y en las mesas, a menos que por sostener entrambas vanidades se pagase una sobretasa en los impuestos y contribuciones.

Quitáronse privilegios que manaban de muchos siglos atrás, como no se pagasen bien. Diéronse títulos nuevos a gente adinerada, pero de origen humilde, con lo que muchos que en su niñez y aun en su mocedad fueron pobres diábolos, llegaron a tener trato de excelencia y numerosa servidumbre, cosa que molestó sobremanera a la gente de calidad, que estimaba como un agravio imperdonable que el oro viniese a ser rasero que igualara las jerarquías.

Lo más encumbrado de la aristocracia elevó sus quejas, primero, a los Consejos, y después, al rey; pero no oyeron mas que estas palabras conminatorias: —Pagad vuestra vanidad, si queréis sostenerla, y dejad que florezca la ajena, que todos somos hijos de Dios...

Y húboles tan descontentos y soberbios que, mirando que hacíanles oídos de mercader, no pensaron menos que en buscarse la justicia por su propia mano, yéndose nada menos que a decretar la muerte del monarca.

Establecióse entre ellos una especie de asociación, donde lenta y seguramente íbase amasando el plan, y tan bien le llevaban que, teniendo su ramificación en la misma antecámara regia, nadie llegó a traslucir el más leve indicio, aunque pocas veces se guarda bien un secreto que tiene muchos dueños.

Sólo era preciso buscar bien la ocasión propicia.

El soberano, con el retorno a su vida aventurera, no tardaría en darla por sí mismo.

No había que dejarse sorprender tan cándidamente como aquellos otros descontentos, don Carlos de Mendoza y el marqués de Liche (aquel horrible cortesano, el hombre más feo de Madrid, que estaba casado con la mujer más hermosa de España), cuando quisieron volar el palacio de *El Buen Retiro* y cayeron en manos de la justicia, estando casi a punto de prender las barricas de pólvora.

El primero pagó con su vida el crimen frustrado, dando la cabeza al verdugo; el segundo, merced a recias e ignoradas influencias, entre las que acaso no fuese la menos decisiva la bazarra de su esposa, fué perdonado, y llegó un tiempo en que recobró la gracia de su majestad, bien que a manera de tributo dejó entre las garras de la justicia la piel de un criado, fiel hasta la inconsciencia, que era quien había de prender la mecha que trocara en escombros la regia y placentera mansión.

VI

Teniendo ya averiguado el nido de la paloma, como lo tenía el cortesano don Luis, y ganadas a las rijosas gentes que valían por guardianes de su hacienda y de su honra, previno al rey, quien dispuso para la noche próxima el primer asalto.

Así como sonaron las nueve de la noche en el reloj del viejo Alcázar que fué mansión del César, salieron el soberano y el prócer, puestos como dos simples hidalgos, por una puertecilla excusada que caía al Campo del Moro.

De que se alongaron un buen trecho y coronaron la Cuesta de San Vicente, sacó el marqués una linternilla de debajo de la capa, embocaron en la calle de Leganitos, y entrando en la plaza de Afogados dieron a poco en los altos de Amanuel, y en breve fueron a dar, con la lascivia del uno y el servilismo del otro, junto a la Cruz del Espíritu Santo, en donde, como ya se ha dicho, estaba la venturosa gazapera de codiciada colmillas...

Exteriormente nada dejaba presumir que la visita fuese esperada. Nadie esperaba por aquellos lugares.

Un poco desconcertóse don Luis.

Lo tratado con la vieja era que en la última ventana se advirtiese el resplandor de una luz, que el vejete esperase por aquellos barrancos en guisa de mendigo andrajoso, y ni una ni otra cosa daban razón de ser.

Viendo el monarca la confusión de su privado y confidente, no pudo por menos de decirle, con marcado acento de convención:

—¿Por acaso me has traído aquí para

andar de un lado para otro como quien juega a las cuatro esquinas?

—Señor—exclamó, contrariado, el marqués—, es que de los bellacos que habían de ayudarnos ninguno de ellos da señales de vida.

—Si de criados te fiaste, Dios nos ampare—repuso de mal talante el rey—. Ya que hemos venido no es bien volvernos como dos lindos burlados; yo he de entrar esta noche en esa casa, si no como galán, ya que tan mala maña te diste para desembarazarme el camino, como quien soy.

Y en estas pláticas no vieron que una sombra que les seguía desde Palacio se deslizó tras ellos, y dando vuelta a la casilla, que era norte y guía de sus ansias, entró por un postiguito medio oculto.

A poco apareció la luz en la ventana.

Don Luis de Haro respiró como quien a punto de ahogarse puede recoger una bocanada de aire fresco.

—Señor—dijo—, ya hay un perro de muestra; la pieza no tardará en caer en vuestros brazos...

VII

Aquella especie de sombra que se deslizó a espaldas del monarca y del prócer, sin que ninguno de entrambos advirtiera su presencia, llegó, en un decir Jesús, adonde le esperaban la bizarra hembra, que no era mas que un hermoso reclamo, su dueño el mercader y hasta media docena de nobles descontentos, cuyos nombres todavía no pudo o no quiso averiguar la Historia.

—¡Ahí están!—exclamó jadeante por la fatiga que hubo de producirle el subir la empinada escalera para llegar antes con la noticia.

Aunque todos esperaban con ansia el apetecido instante, quién más quién menos tembló ante las consecuencias que pudiera traer el dar cumplimiento a los fines de aquella *junta magna* y aún parece que hubo alguno que estuvo a dos dedos de volverse atrás; pero la decisión de los otros que, mirando que en paso de tanta gravedad no debían consentir rezagados, le hizo volver sobre su acuerdo y echar por el pedregoso camino en que habían puesto el pie.

Apagaron las luces y echaron escaleras abajo, llevando de vanguardia dos temibles bravoneles de oficio, que en los costurones de sus rostros mal encarados probaban ser gente a la que no podía hablarse sin haber dejado previamente bien ordenados los negocios temporales.

La suerte del rey y del magnate estaba echada.

De allí a poco entrambos serían sucu lento festín de gusanos...

Monarca y ministro esperaban confiadamente que la aparición de la luz en aquella ventana diera su fruto.

Don Felipe se esponjaba el gusto de antemano con los regodeos de una nueva conquista, siquier no fuese dama de las de mejor calidad en cuanto a la sangre, que en lo que hace a la bazaría del cuerpo no había muchas en Palacio que pudiesen irle a la par.

Don Luis felicitábase de haber cumplido muy bien los deseos de su amo, con tanta y aun más rápida diligencia de lo que su tío el Conde-duque tenía por costumbre cuando se le ofrecían los mismos negocios. Allí quedaba, como elocuente muestra, el idilio con *La Calderona*, en el que Olivares puso tanto más interés que en los negocios de Estado que tomó bajo su férula.

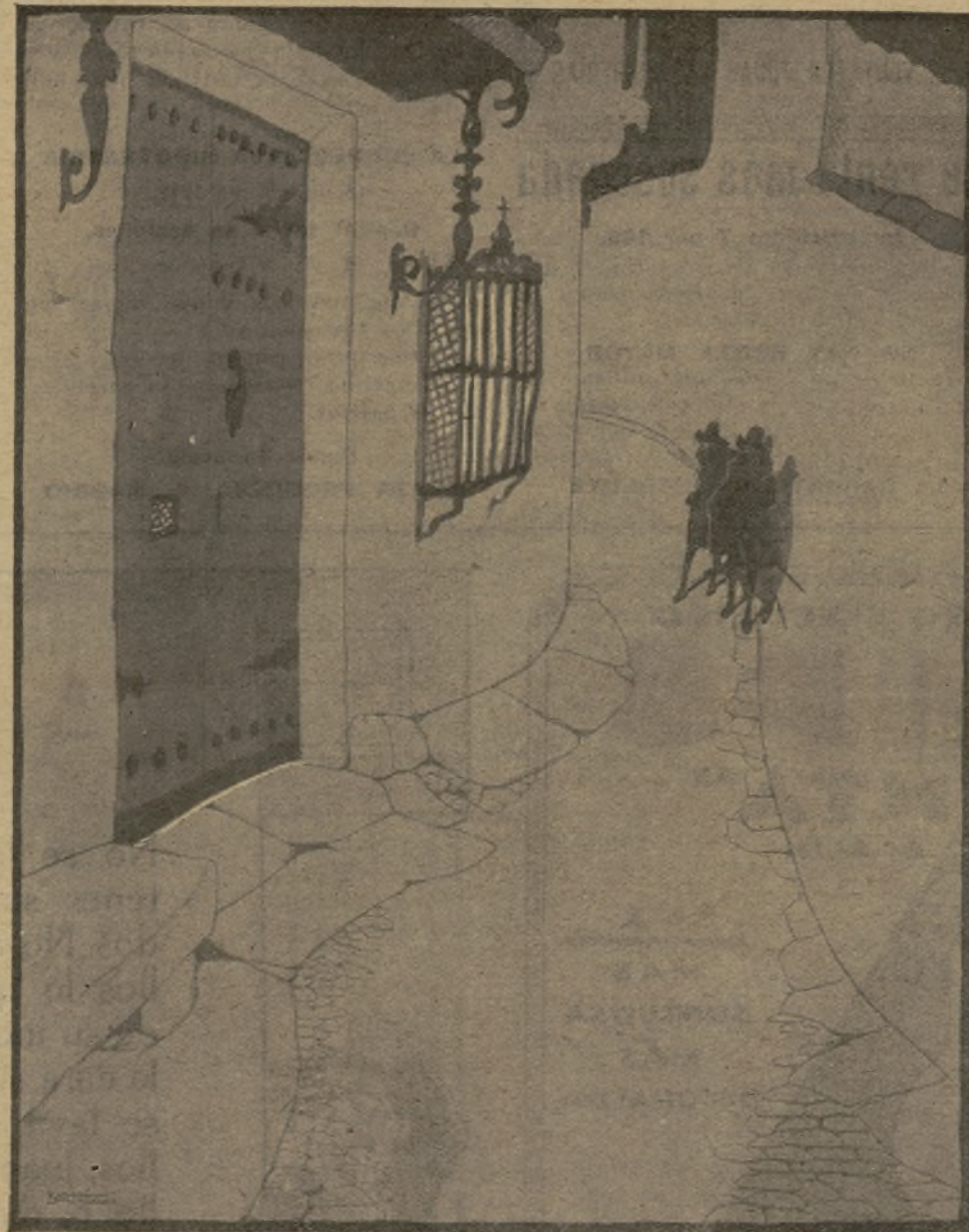
Imbuídos andaban entrambos en tan risueñas cavilaciones, y por ello no advirtieron que de detrás de la casa en que esperaban encontrar su buena ventura

salían seis embozados que, sin decir palabra, cerraron violentamente sobre ellos.

Ni su majestad ni su excelencia tenían nada de cobardes, y así aprestáronse a la defensa como bien pudieran, porque los malandrines apretaban recio y con trazas de no darse a paz hasta no dejar tendidas en tierra, con las almas en la boca, a sus desprevenidas víctimas.

La linternilla que llevaba don Luis de Haro salió de entre los pliegues de la capa, pretendiendo iluminar la escena para ver si lograba descubrir algún rostro; pero apenas los débiles rayos de la lamparilla rompieron la cerrazón de las tinieblas, cuando un furibundo tajo la destrozó enteramente.

A la gente de conciencia negra le estorba la luz y las razones.



Desde este momento el lance se hizo más empeñado; el rey y el prócer hubieron de buscar la pared de la casilla para resguardarse de las estocadas y los mandobles a traición que les buscaban las vidas.

De pronto, el recio estoque del marqués entróse blandamente, hasta la mitad de la hoja, en el cuerpo del bandido que tenía más cercano y que era un hombre-tón como un castillo, hecho sin duda a lances de aquella especie.

Abrió los brazos, como dos aspas de molino, y diciendo: «Jesús, valedme!», cayó sin vida.

A este tiempo, Felipe IV, que briosamente tenía a raya a tres malandrines, sintió decaer sus fuerzas y quedó un poco a descubierto, porque se le venció la diestra con la fatiga de la lucha. El momento fué aprovechado y una de las espadas traidoras atravesó el brazo derecho.

Al grito de dolor que dió el monarca acudió don Luis, que con la muerte de

aquel enemigo quedó algo desembarazado, y fulminando tajos, como rayos Júpiter tonante, sembró la confusión y el asombro entre los espadachines.

A este tiempo quiso la suerte de amo y criado que aparecieran cercanas las lucecillas de una ronda, a cuyo resplandor, creyéndose descubiertos y perdidos, pusieron su salvación en los talones.

Cuando llegó la tropa alguacilesca no había en el campo más que los dos principales personajes de esta aventura, con la ropa muy bien acuchillada.

Como ya los *golillas* habían advertido desde lejos la zalagarda de los aceros, así de que estuvieron cerca, llegaron a entrambos, pensándose que ellos y los que huyeron eran, sin duda de ninguna suerte, lobos de una misma camada.

cosas en forma que se haga justicia, sea que juegue para nada el nombre de su majestad.

Como pastor que recoge su ganado antecogió el golilla a sus corchetes, y enviando los unos a la casa y los otros a tomar cargo del muerto, dejó libres al rey y al ministro, y quedóse fluctuando sobre la horrible duda de si aquel encuentro podría traer aparejado el buen cabo de su destino policíaco o la anulación completa, que bien pudiera ser que, por oportuno, enviándole a alguna prisión lejana del Estado en donde no pudiese contar quién tuvo aquella noche al alcance de la mano, pensándose que era gente *non sancta* de las que asolaban la villa...

Como bien pudieron, porque el suceso no trascendiera y se hiciera público, recogieron a Palacio los dos personajes principales de esta narración, donde llegaron tan sigilosamente como habían por costumbre cuando empleábanse en tales aventuras.

A la mañana siguiente supo toda la grey cortesana que don Felipe estaba enfermo a consecuencia de una peligrosa caída.

Todo el regio Alcázar, desde los ciempios hasta las guardillas, púsose en conmoción, y el pueblo, viendo a su *buen rey* en peligro, acaso en apretado trance de muerte, hizo solemnes rogativas para que Dios le tornase la salud que tanto se había menester para la salvación del reino.

En el tiempo que duró la herida, y no fué poco, don Felipe no quiso ver a otras personas que al doctor Juan de Negrete, su médico de cámara, y a don Luis de Haro.

Asuntos y negocios de gobierno, ni de cien leguas llegaban a la cámara regia...

VIII

Los alcaldes de casa y corte cumplieron harto al pie de la letra las instrucciones que en el primer instante diera el marqués del Carpio al jefe de la ronda que acudió al ruido de las espadas.

Prendieron a todos los vecinos de aquellos contornos y a algunos de los que se refugiaron en la casilla en donde el rey pensó encontrar su paraíso por unas horas.

La buena moza, el mercader y los nobles conjurados contra las pragmáticas y la vida del monarca no se hallaron, que sin duda tenían alguna comunicación secreta dentro de la casa; pero habiendo que hacer justicia, no faltaron algunos pobres que pagasen por todos el agravio hecho a la majestad bullanguera.

¡Cuán cierta es la frase popular: siempre se quiebra la sogá por lo más desgastado!

Tomóse como pretexto la misma muerte hecha por Haro, diciendo que el ferido y aquellos otros, que todos eran tahures y gentes de mal vivir, le habían muerto.

Hubo destierro de unos cuantos nobles, que por haberse usado de tal anzuelo para atraer al rey hacia los campos de la muerte no se quiso dar al proceso de la causa toda la importancia que tenía (como quien dice, porque no salieran a relucir los trapos de la colada).

Hubo en la plaza Mayor sus degolladicos, en la parte de la carnicería (que era donde se ajusticiaba a los plebeyos), con lo que quedó castigado el tajo dado al rey; pero no se le pudo borrar en todos los días de su vida la huella del acero que le dejó la mala aventura de la dama incógnita...

Diego SAN JOSE

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

La Sonata del Misterio, por María Teresa Borragán.—Lírico «intermezzo» de un corazón apasionado, este libro es una magnífica revelación. Libro de inquietudes y de ansiedades supremas, parece una hoguera bajo la noche estrellada de una noche vernal. Las llamas del Deseo, en un afán que no se logra nunca, son como saetas de luz lanzadas contra la impenetrable muralla del Misterio. La autora de esta bellísima *Sonata*, no sólo se revela como un vigoroso temperamento, con hondo contenido dramático y lírico impulso, capaz de mayores empeños y de vuelo más amplio, sino también como una escritora ya hecha, de luminoso estilo, noble y jugoso, lo mismo en la descripción y en el diálogo, que en los acordes del ritmo interior, rico y fuerte.

Antología Americana, por Alberto Ghiraldo.—En este primer volumen, dedicado a los «Precursores», su autor, el notable poeta y autor dramático argentino, que de tan merecido prestigio goza entre nosotros, inicia una obra de verdadera importancia. Conocer el pensamiento americano significa para España tanto como mejorar y ampliar el propio. La publicación de una *Antología Americana*, realizada de acuerdo con un plan que arrancara del momento en que se inicia el movimiento emancipador del Nuevo Continente, era una obra que es-

taba por hacer y que cada día se hacía más necesaria. El que sea un escritor tan autorizado como Alberto Ghiraldo quien la acometa, garantiza su eficacia.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

ULTIMAS PUBLICACIONES

Luis Araquistain: REMEDIOS HERÓICOS.

José Francés: LA DEBIL FORTALEZA.

A. Hernández Catá: EL CORAZON.

R. Pérez de Ayala: HERMAN ENCADENADO.

Paul Verlaine: AMOR.

Guido da Verona: EL CABALLERO DEL ESPIRITU SANTO.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

La renta más sosegada

Imposiciones 7 por 100.

Este alto interés fijo producen, y han producido siempre, las *Imposiciones* de La Cooperativa Hipotecaria.

NO HAY RENTA MAYOR fuera de los negocios mercantiles.

La garantía de las *Imposiciones* es semejante a la de las Cédulas del Banco Hipotecario, con lo cual dicho está que **LA GARANTIA ES ABSOLUTA**

Además, en la práctica, las *Imposiciones* de La Cooperativa Hipotecaria son verdaderas cuentas corrientes, puesto que se pueden retirar en cualquier momento, como se ha venido efectuando incluso en los años críticos de la guerra mundial. Esto equivale a tener siempre

EL DINERO EN EL BOLSILLO

Los intereses se pagan en Caja trimestralmente. Los suscriptores de fuera de Madrid los reciben en su propio domicilio, pues se les envían por Giro postal, sin descuento ninguno. Por eso decimos que es

LA RENTA MAS SOSEGADA

Y como no es posible informar detalladamente a nuestros lectores de la organización y funcionamiento de esta importante y sólida Sociedad bancaria, les aconsejamos que pidan al Director-gerente de ella impresos explicativos y el envío gratuito de la revistilla que publica la Sociedad.

LA COOPERATIVA HIPOTECARIA

(Fundada en 1912.)

Capital social en acciones,
2.500.000 pesetas,

totalmente suscripto y que sobregarantiza a los Imponentes.

La suscripción general (acciones e imposiciones) ha rebasado ya el quinto millón de pesetas.

Domicilio social:

PLAZA PROGRESO, 1. MADRID

LOS QUE EMPIEZAN

La curiosidad de informadores nos dejó ante el escaparate de una «Nueva Mantelería», en la típica calle Mayor, número 25, donde encontramos un extenso surtido de productos nacionales y extranjeros.

Después de larga espera, por el numerosísimo público en él congregado, rápidamente, en un pequeño intervalo que los señores García Fernández tuvieron libre, les hicimos varias preguntas, que, muy amables, nos contestaron.

A diario, estos señores reciben de diferentes regiones y países grandes cantidades de artículos en los que están especializados, sobre todo en quesos y mantecas, razón por la cual todo lo que se despacha es del día; este constante movimiento les permite corresponder a su distinguida clientela con gran economía en todas sus ventas.

A los señores García Fernández les auguramos grandes negocios por la gran actividad que despliegan, por lo que, sinceramente, les felicitamos, no dudando que el público selecto encontrará en todo momento cuanto requiere una buena mesa de exquisito gusto.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

TRIUNFO

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Manerca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

CALLOS



No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias